

Asamblea de los Obispos de Québec

PROPONER HOY
LA FE A LOS JÓVENES:
UNA FUERZA PARA VIVIR

Documento de orientación

PRESENTACIÓN

La propuesta de fe en el contexto sociocultural actual presenta muchos interrogantes e incluso inquietudes. El paisaje socio-religioso ha cambiado mucho desde hace algunos decenios y está en constante evolución. Los niños, los jóvenes crecen ahora en un medio de vida, donde la cultura religiosa no ocupa necesariamente un lugar de elección.

Si la fe cristiana ya no cuenta en la vida real, no es raro que las nuevas generaciones estén buscando dar un sentido a sus vidas y se planteen preguntas fundamentales sobre la existencia humana.

Teniendo en cuenta esta situación, ya no podemos conseguir la propuesta del Evangelio de Cristo como un conocimiento para transmitir, sino más bien, como una respuesta para ofrecer a los jóvenes. Actualmente, nos vemos impulsados a reflexionar sobre nuestras actitudes, a encontrar caminos nuevos y a cuestionar nuestras expectativas en relación con los diferentes lugares de transmisión de la fe. *Proponer hoy la fe a los jóvenes: una fuerza para vivir* es un documento de orientación que tiende a fijar los puntos de referencia y a sugerir los itinerarios a seguir para las nuevas generaciones.

Se ha constituido un comité de orientaciones pastorales para dar forma al proyecto. La Asamblea de obispos agradece particularmente a Monseñor Jean-Pierre Blais, presidente del Comité de educación, Yves-Roger Bertrand, Rémi Bourdon, Terréese-A Bélec, Mathilde Francoeur, dense Lamarche, CND, Bruno Toupin y Paul Tremblay por su importante contribución a la realización de este documento. El Episcopado ha seguido todas las etapas de su evolución y las ha aprobado desde su asamblea plenaria de marzo 2000.

Los obispos de Quebec desean que los padres, las educadoras y los educadores, los movimientos y las comunidades puedan sacar un gran provecho de este documento para la transmisión de la fe a los jóvenes de hoy.

INTRODUCCIÓN

Jalones para orientarse.

En las condiciones ampliamente inéditas donde se encuentran situadas actualmente las familias, las parroquias, los movimientos, los centros escolares, tenemos que balizar juntos los caminos nuevos por los cuales la fe cristiana podrá ser propuesta a los jóvenes como una fuerza para vivir.

Tal es el objetivo de este documento: poner jalones para la propuesta del Evangelio de Cristo a las nuevas generaciones. Se dirige a todas las personas que conectan con los jóvenes y que se interesan por el futuro de la fe en su país. Se dirige a los padres que se preguntan cómo transmitir la visión y los valores de la fe a sus hijos. Se dirige a las comunidades parroquiales que procuran lugares de iniciación, de vuelta a las fuentes y a la práctica cristiana. Se dirige más ampliamente aún a los educadores y educadoras que trabajan en los centros escolares públicos y privados o en los movimientos de juventud, y que, de una u otra manera, contribuyen al desarrollo humano y espiritual de los jóvenes.

El despertar a la fe se hace en efecto a través del aporte particular y conjugado de los diversos ambientes donde los jóvenes crecen y se inician a la vida. Primero están sus familias. Están las comunidades creyentes y las asambleas que ellas suscitan. Está también la escuela, los movimientos de juventud, así como numerosos grupos o asociaciones con vocación cultural, deportiva, científica. Hay igualmente muchas otras influencias que concurren actualmente y que pueden de manera imprevista, contribuir al despertar de la fe en los jóvenes: la televisión, las nuevas tecnologías de comunicación, la música, el ocio, los viajes, etc.

Este documento tiende a animar y a orientar la acción y el testimonio a la vista de la propuesta de É en estos múltiples lugares de vida. Se trata de un documento de orientación. Aspira a fijar puntos de referencia, a partir de los cuales se podrá idear numerosas vías de acción posibles. Algunas de éstas son ya conocidas y practicadas; otras faltan por despejar y planificar. Los jalones aquí propuestos quieren marcar el estilo de avanzar en libertad y en confianza, en un mundo cambiante.

En un mundo cambiante.

La propuesta de fe en nuestro tiempo plantea muchos interrogantes e inquietudes. El paisaje socio-religioso ha cambiado mucho. Y continúa cambiando. En este contexto inestable ¿cómo despertar a los jóvenes a la fe? ¿Cómo reunirlos? ¿Cómo aprehender la novedad a la que nos enfrentamos?

No hay necesidad de insistir: las mentalidades se han secularizado, la pluralidad estalla por todas artes, la memoria cristiana se pulveriza, la práctica religiosa continúa flaqueando. La religión ha llegado a ser para algunos un asunto del pasado y, para un

buen número, una opción personal que se quiere tener y mantener en el secreto íntimo de la conciencia.

Es pues indispensable reevaluar las posibilidades y los límites de los diversos lugares en los que se hacía tradicionalmente la propuesta de fe. Posibilidades y límites en las familias, posibilidades y límites en las parroquias. Posibilidades y límites en los centros escolares y en los movimientos. Posibilidades y límites en los nuevos espacios: medios de comunicación, canales de distribución cultural, etc.

Hay que constatar la realidad evitando caer en la nostalgia o en el desconcierto. Conviene incluso adoptar una mirada positiva y una actitud de simpatía hacia este mundo y hacia este momento. Este mundo y esta época que Dios ama. “ Los momentos difíciles pueden resultar los más evangélicos” (Madre Teresa).

Es importante desde ahora prestar atención, ante todo, a los nuevos rasgos culturales que marcan nuestra sociedad y que vienen a modificar considerablemente lo relativo a la religión. Estos rasgos representan a la vez amenazas y probabilidades para el despertar y la transmisión de la fe. Ellos esbozan ya el perfil de la Iglesia del nuevo siglo.

Recordemos aquí los rasgos más conocidos, los que impregnan ya fuertemente las mentalidades y la sensibilidad de los jóvenes. En efecto, no hay que meter a todos los jóvenes en un mismo conglomerado cultural; existe en ellos una gran diversidad, de intereses de capacidades, de motivación. Damos aquí a la expresión “jóvenes“ un concepto ante todo cronológico; comprende a los niños de primaria y a los adolescentes de secundaria, todos influenciados en grado diferente por la cultura ambiental.

Una cultura marcada por los medios de comunicación.

El horizonte de los jóvenes es de ahora en adelante el mundo de las imágenes y de la información. Imágenes variadas, seductoras, fragmentadas. Al captar su mirada y su atención, los medios de comunicación desarrollan en los jóvenes nuevos modos de pensamiento y nuevas vías de acceso al conocimiento. Esta evolución pone a mal el discurso religioso tradicional y las prácticas pedagógicas usuales. Pero también incita, positivamente, a renovar los modos de comunicación de la fe por medio de vías que, lo veremos, no son desconocidas para la gran tradición cristiana.

Una cultura marcada por el pluralismo.

Los jóvenes crecen en contacto con la diversidad: diversidad de orígenes étnicos, de lenguas, de religiones, de comportamientos. Ellos constatan esta diversidad en el seno de sus familias como en el seno de la comunidad católica. Ya no hay ni una sola palabra, ni una sola lengua, ni una sola opinión posible. Hay varias. Este pluralismo puede conducir a la indiferencia, pero también abrirse a la tolerancia y a la libertad.

Una cultura que valora la autonomía de las personas.

“Ser uno mismo” constituye hoy una reivindicación primordial. Las personas reivindican el derecho a su opinión, a sus convicciones. La tarea primordial creciente en

los jóvenes es el construir su identidad. Cuando más buscan puntos de referencia , aún más se indignan contra toda tentativa de reclutamiento o adoctrinamiento. En el dominio de la fe, esta actitud cambia evidentemente la relación con la tradición y con la autoridad de sus padres o de la Iglesia. Estos últimos no tiene ya lógicamente la última palabra. Los jóvenes reivindican el derecho a expresarse y a elegir. Esto supone el riesgo de tanteos y de vagabundeos. Pero es también probable que lleguen un día a decir “yo creo”.

Una cultura democrática que valora la participación y el debate.

Los niños desde muy jóvenes plantean las preguntas más radicales. ¿Quién es Dios? ¿Cuál es tu Dios? La religión ¿para qué sirve?. Ellos quieren discutir, intercambiar. Ellos tienen su opinión. Desde luego, las interrogaciones y los debates pueden hacer temblar las certezas. Pero ellos son hoy un camino obligado para coger la verdad, para apropiársela, para recuperar la fe.

Una cultura pragmática, crítica y marcada por la ciencia y la técnica.

Uno de los objetivos primeros de la escuela es desarrollar en los jóvenes el concepto del enfoque científico, por el pensamiento crítico y la observación sistemática de la realidad. Todo debe ser observado, demostrado. La verdad se mide por la eficacia. Este enfoque científico a lo real contrasta evidentemente con el enfoque de la fe. Es la ocasión de repasar con los jóvenes las vías de acceso a la verdad y la relación ciencia y fe. Es la ocasión también de redescubrir que la fe en sí misma debe ser pragmática; que “la fe sin obras es una fe muerta” (St 2,17)

Esta paisaje nuevo e inestable esbozado aquí a grandes rasgos representa un desafío considerable. Nos obliga a repasar y renovar en profundidad nuestra manera de concebir y de poner todos los medios para la educación de la fe.

Pero este desafío no debe desanimarnos. Existen además múltiples experiencias pastorales y educativas que abren ya la vía a nuevas maneras de hacer resonar el Evangelio de Jesús, como en el primer día de Pentecostés, en una lengua que los jóvenes comprenden.

Es importante consagrarse a las referencias para abordar con confianza esta nueva etapa de evangelización.

I

UNA PERSPECTIVA EN RENOVACIÓN

La educación en la fe no es, en primer lugar, una cuestión de reunir recursos; es ante todo una cuestión de descubrir la fuente.

Indiquemos dos cambios estrictamente necesarios para la situación cultural que acabamos de evocar. Estos dos cambios conducen a considerar de otro modo la propuesta de la fe a las jóvenes generaciones.

Del río a la fuente

Hemos estado habituados a pensar que la transmisión de la fe seguía el modelo del río que crece poco a poco con el aporte de varios afluentes que vienen a aumentar su caudal y a ensanchar su cauce. Es así como la transmisión de la fe tenía su fuente en los hogares. Después, en la etapa de la infancia y la adolescencia, ensanchaba su curso con el afluente principal de la escuela y la enseñanza religiosa escolar. Después las parroquias tomaban el relevo para el resto del curso y del declinar de la vida. La transmisión de la fe se operaba de manera progresiva, encadenándose de etapa en etapa, como una herencia llevada y arrastrada en el oleaje continuo de la vida, en el funcionamiento cotidiano de las instituciones sociales y eclesiales.

Hay que ser capaz de reconocer que esta imagen del río y de sus afluentes ya no corresponde en absoluto con la realidad. En los hogares, a menudo, la fuente parece agotada. En la escuela, el aporte religioso es reducido; a veces es tratado de manera aleatoria. Por su parte, las parroquias, menos frecuentadas, no alimentan más que una débil proporción del pueblo de los bautizados y muchos creyentes no encuentran verdaderamente respuesta a su hambre.

Esta imagen del río evoca el dispositivo que ha servido para dirigir la evolución religiosa de las generaciones anteriores. Los lugares institucionales que le

caracterizaban son objeto de una lenta y continua desconexión. De este modelo de río con un cauce actual incierto, tenemos que pasar a otro modelo.

En las nuevas condiciones que son las nuestras, es importante subir allí donde la fe toma su fuente. Es decir, en el corazón de la experiencia de la gente. La fuente se encuentra en las personas, en los momentos esenciales de sus vidas, en las experiencias básicas a través de las cuales se manifiestan los primeros estremecimientos, los primeros rumores de la fe. Es esta fuente que está en el punto de partida de toda evolución. Es la que sin cesar hay que buscar, despejar, canalizar. Como los zahoríes, tenemos que estar atentos a esta evolución, lejana o próxima, de la fuente viva.. Atento al pozo secreto que cada uno lleva en lo más profundo de sí mismo.

Este modelo de fuente que la Biblia sugiere para los momentos de niebla y de incertidumbre. Es en esta perspectiva de una vuelta a la fuente de la que hablaban los profetas en tiempo del exilio y del retorno del exilio, cuando las fundaciones eran arrastradas, cuando los apoyos religiosos tradicionales habían desaparecido – el Templo, los sacerdotes, el culto, el entorno religioso. Ellos anunciaban que Dios iba a reanudar su alianza a partir del corazón de los hombres. “Yo os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo.....pondré en vosotros mi Espíritu: Entonces seguiréis mis leyes, observaréis mis mandamientos y vosotros seréis fieles”, proclama Ezequiel (36, 26-27).

El profeta Jeremías empuja esta visión aún más lejos: ¡Yo pondré mi ley en lo más profundo de vosotros mismos; Yo la inscribiré en vuestro corazón. Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Ya no tendréis necesidad de instruir a vuestro compañero ni a vuestro hermano diciendo: “Aprended a conocer al Señor” - pues todos me conoceréis desde los más pequeños hasta los mayores - (31,31-34). Una ley inscrita en el fondo de los corazones, en la fuente!

Es aún esta imagen de la fuente que inspira a Jesús cuando dialoga con la Samaritana, esta marginada de su tiempo, “distante” en su fe e “irregular” en su vida conyugal. A esta mujer Él le pide agua. En ella despierta la fuente que brota hasta la vida eterna. Más lejos, en la parábola de los invitados que se presentan a la fiesta, Jesús pedirá que salgan enseguida “A la salida de los caminos”, a todos los cruces de caminos donde viven las gentes, allí donde la fe puede iniciarse, allí donde puede arraigarse.

Volver, pues, a la fuente. Olvidar el esquema de las canalizaciones y de los acueductos pastorales que ya apenas dan agua. Buscar las fuentes de la fe, siempre subterráneas, pero que afloran pronto o tarde al ras de la vida. Está allí, donde la gente, fatigada, encuentra el placer de beber, el gusto del agua, el gusto de vivir y de revivir.

Volver a la fuente, se le adivina, es más que conducir a los creyentes, es más que entrar en un sistema.

Es ante todo intentar extraer la experiencia espiritual que brota de la vida, que extraña, que hace sentir lo esencial, que despierta, que pone en marcha, que hace vivir.

Es aprender a reconocer, en las diversas etapas de la vida, esta fuente que el Espíritu hace surgir en el corazón de los seres, como un don, como una fecundidad

nueva. “Escucha en ti la fuente que te habla de amar” dice el canto litúrgico. Esta inspiración estaba ya escrita en el prólogo de todo el esfuerzo de la catequesis en los años 60: “Oigo en mí como un murmullo de agua viva que dice: Ven al Padre” (Ignacio de Antioquía) Es importante volver a esta inspiración profunda.

La educación en la fe no es, en primer lugar, una cuestión de reunir recursos; es ante todo una cuestión de descubrir la fuente.

De los programas a los itinerarios, a los proyectos

La situación cultural actual nos impulsa, igualmente, a hacer otro cambio: hay que pasar de los cursos a los itinerarios. ¿Qué quiere decir esto?

La palabra “curso” evoca inmediatamente la idea de programa, series de lecciones sobre la doctrina cristiana. Nos hace pensar en verdades enseñadas. A veces, hoy, los cursos hacen temer a la repetición y al adoctrinamiento.

La palabra itinerario propone ante todo la idea del aprendizaje de la verdad. Hace sitio a la persona, a su autonomía, a su evolución. Pasa de una verdad aprendida a una verdad experimentada. Una verdad consolidada, comprobada con la experiencia, que acaba en una convicción personal.

La fe, que propone una visión del mundo, conlleva una parte evidente de enseñanzas, conocimientos, verdades. En el transcurso de los siglos esta visión y estas verdades se han transmitido por múltiples canales. A través de la predicación. A través del testimonio de los mártires. A través de los frescos de las catacumbas y de las basílicas de los primeros siglos. A través de las vidrieras y la piedra en la época de las catedrales. A través de la música, las fiestas y los ritos litúrgicos. A través de la enseñanza de los catecismos, aparecidos después de la Reforma protestante.

Hoy se nos pide, ante el estallido de los medios de comunicación y evolución de las prácticas pedagógicas, encontrar coincidencias plurales que impliquen la participación y el compromiso de los jóvenes. Se nos pide sobre todo, en este tiempo de pluralismo religioso y de elección personal, tomar nota del hecho de que la fe se proyecta en primer lugar y ante todo a través del testimonio de vida de las personas creyentes. Es porque la fe se aprende sobre todo en el modo de vida de la experiencia compartida, del camino hecho en compañía de los hermanos y hermanas cuya aspiración y fuerza de vivir se inspiran en el Evangelio.

Proponer hoy la fe a los jóvenes es, más que intentar darles clases, sugerirles proyectos de vida. Invitarles a dar algunos pasos en el concepto evangélico, como se hace un trozo de camino, como se descubre poco a poco un rincón del país, un territorio nuevo, desconocido. Evidentemente, acompañándoles.

Demos aquí a la palabra Proyecto un concepto existencial, amplio y profundo. Un proyecto es un trayecto, en el bosque o en el campo, un itinerario más o menos largo. Fácil o difícil, como un recorrido en bicicleta, como un recorrido por la montaña. Una experiencia de marcha, solitaria o acompañada. Un proyecto es una experiencia vivida que tiene resonancias en el ser completo. A todos los niveles, físico, intelectual, afectivo, espiritual. Un proyecto es un periodo de vida con todo lo que puede suponer de

descubrimientos, encuentros, división de opiniones, debates, tensiones, conocimientos adquiridos, progreso. Un proyecto es más que un conjunto de actividades o estrategias pedagógicas; es una inmersión en lo real de donde se sale en parte transformado.

El modelo de itinerario se encuentra muy ilustrativo en la página del Evangelio de los discípulos de Emaús cuando iban caminando a su ciudad tristes y frustrados. En el camino encuentran al Resucitado que despierta su esperanza y les pone en camino hacia sus hermanos de Jerusalén (Lc.24, 13-35).

Es incluso, aún más ilustrativo, en la admirable conversación que tienen juntos el diácono Felipe y el funcionario etíope (Ac.8, 26-40). Se trata del camino que va de Jerusalén a Gaza, es decir, el camino que conduce al mar, el cual extiende el Evangelio por toda la cuenca mediterránea. Es el camino de la novedad, fuera de Jerusalén, el camino que desemboca a un mundo nuevo e incierto.

Un camino que es llamado “desierto”, a la salida... Pero donde el Espíritu, sin cesar, precede, prepara, sorprende. Es Él quien lleva el juego... El ya ha despertado la fuente interior en el corazón de este funcionario extranjero que llega en peregrinaje a Jerusalén....Es El quien impulsa a Felipe a reunirse en su caravana. Por el camino tienen una conversación sobre los acontecimientos recientes, intercambios de opiniones y preguntas sobre una palabra del profeta Isaías, parada en un pozo de agua para el bautismo. Después los dos se separan. En este trayecto, nada de comunidad; esta surgirá después, más lejos... en Cesarea, en Antioquía. Del funcionario etíope no se sabe nada más que estos momentos de encuentro. El relato bíblico sólo menciona que él “prosiguió su camino en la alegría”. Nada más. Pero este breve recorrido de iniciación en la fe permanece como un momento inolvidable.

Falta una referencia. En la ruptura de una tradición secular, en la frontera de un mundo desconocido, El ilumina hoy aún nuestros caminos.

Por lo tanto, para los jóvenes y menos jóvenes, un proyecto es a menudo casi nada. Justo un poco de camino en el azar de la vida. Pero es una porción de sí mismo, un trozo de vida que no miente. Un fragmento del mundo, iluminado por el Evangelio. Un momento gratuito, irremplazable, como un relámpago, como el amor. Un trayecto extraño, un encuentro, un claro en el cielo, como un regalo, como una gracia. Justo el tiempo de charlar un poco, de parar, de tocar la fuente, de amar, de saberse amado, de salir ligero. Llegado y recibido por milagro, tan fugaz en el tiempo, tan profundo en el corazón. Inolvidable. Que activa de nuevo. Que permite proseguir en la alegría... nuestros caminos, tejidos de soledad y de deseos.

Se diría que, hoy, el Espíritu nos conduce por estos caminos aparentemente “desiertos”. La transmisión y la educación de la fe parecen hacerse ya como punteado por pequeños rasgos, a través de proyectos, a veces espontáneos, a veces propuestos, a veces programados. “ Los proyectos breves tienden a reemplazar a lo que antes se desarrollaba en un largo proceso” Pero es siempre la vida quien anima, la vida quien sorprende, con sus interrogantes y sus dramas, la vida quien repentinamente cambia y activa de nuevo.

Para los jóvenes y para un gran número de creyentes adultos, la fe no se presenta ya como un gran camino completamente señalizado de antemano, con sus etapas y sus

encrucijadas obligatorias. No, se manifiesta más bien bajo la forma de “trozos de camino” hechos en compañía con otros creyentes que conocen el nombre de Jesús o que lo buscan, que lo descubren presente a ras de sus vidas, a partir de los interrogantes del momento, a partir de una página de las Escrituras, a partir de los imprevistos y de los dramas diarios, a partir de las locuras y de las bellezas del mundo.

Esto suscita, cada vez más a menudo, trazados de fe discontinuos, desconcertantes, imprevisibles... pero más abiertos al viento y a las sorpresas del Espíritu. Efectivamente, existe el riesgo de una fe puntual, u ocasional, que no llega de golpe a unificar la vida. Existe el riesgo de la “pertenencia parcial” que no desemboca inmediatamente en la experiencia cristiana integral. Pero se comprende también que esta fe, incluso fragmentaria, aún poco coherente, representa a menudo para muchos jóvenes, en las condiciones en que ellos se encuentran, el máximo de adhesión posible.

Por consecuencia, hay que confiar en el tiempo, en la siembra, en el crecimiento (Mc. 4, 27). Hay que tener confianza en las diversas intervenciones familiares, eclesiales, culturales, que serán tema de discusión después. Hay que esperar que los jóvenes podrán encontrarse, por consecuencia, en otros lugares abiertos a la evolución, a la acogida, a la reflexión, a la celebración al compromiso.

Es importante sobre todo que, al final de los itinerarios propuestos, los jóvenes puedan proseguir sus caminos en la alegría. Pues llegar a la fe es el camino de toda una vida, con sus momentos de excepción donde la existencia parece tomar de repente otra densidad. A lo largo, el Espíritu es quien acompaña. El es muy capaz de unir estos trozos de camino, de completarlos, de unificarlos, y de conducir a los jóvenes a la fuente donde brota la vida eterna.

No es El el primer responsable designado para la educación permanente de los creyentes: “El Espíritu os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14, 26)

Nuevos caminos

Si se admite este doble cambio de perspectiva, si se acepta pasar del río a la fuente y de los programas a los itinerarios, cambian muchas cosas. Y especialmente es la primera cuestión que debe abordar un documento de orientación como este.

En un pasado aún no muy lejano, esta primera cuestión era la siguiente: ¿Cómo distribuir la doctrina cristiana para proponerla a los jóvenes en la etapa de su infancia y de su adolescencia? ¿Qué contenido de fe proponer a cada uno de los años de su escolaridad? Se pensaba espontáneamente en una enseñanza, en unas lecciones, en un conjunto doctrinal para proponerlo completo y progresivamente.

En la nueva perspectiva indicada, la primera cuestión viene a ser otra. Es la siguiente ¿Cuáles son los caminos o proyectos de iniciación para proponer a los jóvenes? Y a través de estos proyectos ¿cuáles son los elementos de la tradición católica? ¿Cuáles son las historias, las parábolas y las páginas de la escritura? ¿Cuáles son los símbolos y los ritos litúrgicos? ¿Cuáles son los relatos de la historia de nuestra Iglesia y los hechos eclesiales actuales que serían para ellos muy particularmente significativos y enriquecedores?. Esta imagen de “caminos” de “itinerarios” nos anima.

Es la imagen de un camino abierto, que viene de lejos, por el cual han caminado muchas generaciones antes que nosotros, guiados por el Espíritu de Dios. Este camino llega hoy ante nosotros, a un terreno nuevo, con un relieve escarpado y con unos paisajes inéditos. Cada uno desea marchar por él a su ritmo, pero cada uno desea encontrar en él también indicadores que permitan avanzar en la buena dirección, con la fuerza que viene de Dios.

Los jalones que vienen a continuación quieren, precisamente, iluminar y orientar a los que intervienen directa o indirectamente en la propuesta de fe a los jóvenes. Que sean para ellos como piedras o paneles que les sirvan de referencia y de señales de paso.

II

CAMINOS PARA EXPLORAR

En una época en que demasiados jóvenes sufren el mal de vivir e incluso sienten el hastío de vivir, la fe en el Dios de la vida es inseparable de la fe en la vida.

Los tiempos cambian, pero los caminos que conducen al fondo del misterio permanecen siempre, un poco, los mismos. Son caminos que generaciones de hombres y de mujeres que nos han precedido han andado muchas veces antes que nosotros, esperando las mismas salidas, tropezando con las mismas dificultades. Estos caminos de iniciación son múltiples. Es, en primer lugar, el camino de la vida, con sus gozos y sus fragilidades. Es el camino del servicio. El camino de la Palabra compartida entre creyentes. El camino de la oración interior. El camino del pan partido en memoria del resucitado.

Es el conjunto de estos caminos que conviene proponer a los jóvenes. Como caminos de iniciación, es decir, caminos de introducción del primer contacto, del primer aprendizaje. Como tantas vías posibles de acceso.

! El camino de la vida dulce y amarga

Está desde el principio en el corazón de la vida, en el corazón de las historias singulares de cada uno a los que Dios se acerca. “La palabra está completamente junto a ti, está en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica.” (Dt, 30,14) Esta Palabra susurra a través del filo de los acontecimientos, es la película de la vida. La vida, siempre a la vez, maravillosa y frágil. Maravillosa, como los esplendores de la creación, pero igualmente frágil, como la salud. La vida, siempre a la vez, dulce y amarga. Dulce, como la alegría de vivir, como nuestros amores. Y amarga, como las dificultades, como la violencia y la insensibilidad del mundo.

Los jóvenes no escapan de esta experiencia de la vida bajo su doble aspecto, dulce y amargo. Experiencias de la alegría de vivir, de crecer, de jugar, de descubrir, de servir, de triunfar. Experiencias igualmente de penas, de trabajo, de soledad, de violencia, de fracaso, de familias rotas, de sufrimientos, de duelos, de pobreza, del futuro incierto. A través de las alegrías y de las desgracias, los jóvenes tienen la necesidad de experimentar y de arraigar en ellos el gusto por vivir. Tienen que descubrir que, incluso si la vida puede ser dura, permanece a pesar de todo y que, verdaderamente tiene mejor sabor que la muerte.

El “drama espiritual” del que se habla con respecto a los jóvenes tiene su origen en esta “crisis de creer” que desborda ampliamente el ámbito religioso. Demasiados jóvenes llegan mal o no llegan a creer en la vida, a creer en el amor, a creer en ciertos adultos, a creer en el futuro. ¿Cómo podrían llegar a creer en Dios?

Es importante, pues, acompañarles en el camino de sus vidas, para aumentar el campo de sus aspiraciones, para ayudarles a acoger a la vez la dureza y la belleza de la existencia. En un tiempo donde demasiados jóvenes sufren el mal de vivir e incluso sienten el hastío de vivir, la fe en el Dios de la vida es inseparable de la fe en la vida.

‡ **El camino de la ayuda solidaria**

Es el camino de la experiencia de la ayuda mutua, del gesto de compasión, de la mano que levanta y sostiene. Es el camino del trabajo en la ayuda social, en el compromiso por la solidaridad y la justicia. Actualmente, esta experiencia de servicio – el que sea: servicio de carácter social, comunitario, deportivo, humanitario, eclesial – indica a menudo un inicio y un activador en el proceso moral, espiritual y religioso de los jóvenes.

En este tiempo del discurso vacío de contenidos, y de la “palabrería inútil”, por todas partes, especialmente en los centros escolares y en los medios de comunicación, los jóvenes se muestran muy particularmente sensibles a los gestos, a los actos. A través de una ayuda concreta aprenden a superarse, presentan o descubren la trascendencia, el “sacramento del hermano”. “Cada vez que lo hagáis con uno de estos más pequeños, que son mis hermanos, a mí me lo hacéis”. (Mt. 25,40)

‡ **El camino de la palabra compartida**

Es el camino de la palabra captada, aprendida, liberada, expresada, escuchada, debatida. Para el desarrollo humano, esta experiencia de la palabra es absolutamente primordial, constitutiva incluso de la persona. Es por esta razón que a los niños pequeños les encanta tanto aprender a hablar, que los menos pequeños pregunten sin cesar “por qué” y que los adolescentes pasen tanto tiempo a “estar juntos” con sus amigos “justo para hablar”. La experiencia de la palabra con los “padres” y con “los iguales” es completamente generadora de la identidad personal y de la comunión.

No es extraño por lo tanto que, en la experiencia cristiana, la palabra tenga igualmente un lugar privilegiado. Brota desde siempre de la confluencia de la experiencia humana y de la presencia activa de Dios. Acogida en primer lugar en el corazón de la vida, intercambiada en la fraternidad entre las hermanas y hermanos creyentes, oída a través de los relatos bíblicos de los primeros testigos de la fe, proclamada y meditada en las asambleas de oración, la Palabra evoca, sin cesar, interpela, ilumina, reconforta, reactiva.

Es importante que los jóvenes puedan realizar la experiencia de la palabra que les hace encontrarse a ellos mismos, al mismo tiempo que descubren la Palabra de Dios que despierta, que les dice hacia delante, que libera, que cura. El aprendizaje de este diálogo entre la palabra humana y la palabra de Dios supone un contacto

suficientemente frecuente y sobre todo significativo con la Biblia, en un contexto de fraternidad realmente sentida.

! El camino de la oración interior

Es el camino de la interioridad, el camino del corazón. A pesar de las apariencias, es quizás el camino más frecuentado. Sondeos recientes muestran que siete de cada diez jóvenes dicen practicar la oración, cuando la mayoría no frecuentan las iglesias.

La oración, es a menudo la práctica íntima principal, la que el Espíritu hace brotar del fondo de los corazones, a veces mucho antes que las demás actuaciones. Es igualmente la práctica más viva, la que se guarda, a veces durante mucho tiempo después que las otras hayan sido olvidadas. La oración alimenta, enseña a extraer de su propio “pozo”, de su propia “fuente”.

La entrada en la oración es el fruto del aprendizaje. Se puede hablar de iniciación a la oración. Al principio, el niño reza con balbuceos, después, como adulto, las invocaciones son las palabras familiares. Más tarde la oración se asemeja a gritos dirigidos a Dios, con frases aprendidas, recibidas de la tradición: gracias, ven a ayudarnos, ten piedad de nosotros. Poco a poco, llega a ser como un camino de compromiso responsable de su vida. Es la oración de recogimiento. Aceptar su vida, con sus sombras, sus fallos y sus pesados silencios. Es la ocasión de contar su vida delante de Dios, de retenerla un instante, de recibirla de Él y de sentir el gozo de la eternidad.

! El camino del pan partido

Es el camino de la posada de Emaús. El camino del encuentro con los signos del resucitado. Es la experiencia de la vida releída y narrada a la luz de la Palabra y de sus actos, de la vida iluminada y celebrada en la certeza de su proximidad, de su Presencia. Es la experiencia del Señor que nos encuentra y nos acompaña en nuestros caminos humanos: nacimiento, crecimiento, amor, perdones, enfermedad, muerte.

Es la experiencia de los encuentros sacramentales, que jalonan la existencia del creyente, como en los momentos duros “las fuentes de agua” situadas en los virajes estratégicos de la vida, como especie de altos y oasis de reposo y de intimidad, donde se repone fuerzas para seguir el camino. Es la experiencia del rito y de la fiesta, que da ritmo a la vida, la aviva, la celebra, la hace importante.

Entre estos signos, el más eminente es la Eucaristía, signo y memoria de Jesús que da su vida por la salvación del mundo y ordena a sus discípulos a hacer lo mismo, a “hacer esto” siguiendo su ejemplo. Es por lo que, en la iniciación cristiana, se ha dado siempre un lugar importante a la experiencia de la asamblea comunitaria para compartir la Palabra y el Pan en memoria de Él.

Se sabe, sin embargo, las dificultades que tienen los jóvenes para “reunirse” en nuestras eucaristías. ¿Cómo salir de todo esto que les parece frases completamente hechas, lecturas difíciles y ritos estancados? El desafío es abrir con ellos un espacio simbólico donde su propia palabra se transforme en eco de la Palabra de Dios, donde

sus ojos se abran al misterio de una vida dada gratuitamente y entregarse, por amor, como una invitación a la alabanza. Habría que procurar que estos encuentros primeros marquen, cada vez, una etapa o un trozo de vida, del que los jóvenes puedan guardar un recuerdo luminoso y emocionante.

‡ **Guías competentes**

Hoy como ayer, proponer la fe, es invitar a los jóvenes a comprometerse en estos recorridos de experiencia cristiana. Es dar los primeros pasos, una parte del camino con ellos. Es crear un clima y un ambiente que les den el placer de creer y el deseo de ir más lejos.

Para esto, hay que tener guías apropiados. Hombres y mujeres que conozcan los caminos que acabamos de mencionar, que los hayan andado, que conozcan las alegrías y las asperezas. Guiar o iniciar es siempre conducir por un camino sembrado de obstáculos, estando seguros que conduce a alguna parte, que ha sido bueno para nosotros. Es señalar las etapas, situar los descansos, mirar el camino recorrido, medir la distancia que queda por atravesar.

Hay que tener guías que sepan proponer algo inédito, nuevo. En el contexto de las transformaciones culturales y del declive de los legados tradicionales, cada vez menos, la fe se descubre y se acoge como una tradición, como una herencia. Se descubre, cada vez más, como una propuesta, un descubrimiento por hacer, una búsqueda para emprender. Tal era la primera invitación de Jesús a sus primeros discípulos: “Venid y veréis”. (Jn. 1, 39) De aquí la necesidad de guías que hoy se atrevan y se arriesguen a invitar a los jóvenes a algo nuevo, duro a veces pero profundamente liberador.

Se necesitan guías que propongan una fuerza para vivir. La propuesta no puede dirigirse únicamente a la razón o a la memoria. No pretende solamente transmitir un mensaje o unas convicciones. Se refiere a la felicidad del ser, al concepto y a la alegría de vivir. Propone hacer la experiencia de la vida vivida bajo el soplo y el poder del Espíritu. Desenmaraña las tensiones, apacigua e intenta hacer “vivir en la abundancia”. Como el escrito del evangelista Juan, al principio de su primera carta, cuando él quiere resumir sus tres años de camino con Jesús: “He visto con mis ojos, he oído, he tocado con mis manos. La vida se ha manifestado. Yo os lo anuncio. Para que vuestra alegría sea completa”.

¿Cómo esta propuesta de un Evangelio posible de ser vivido, reunirá a los jóvenes? Por medio del encuentro con personas cuyo corazón, cabeza, cuerpo y respiración se han cruzado con una “Buena Nueva” que les ha puesto en camino y que les busca. Personas que los invitarán, implícita y explícitamente, a hacer un poco de camino en la misma dirección. No se tratará lógicamente de grandes testigos o de personalidades de fe. Serán lo más a menudo personas cercanas, creyentes normales que se atreverán a manifestar sus razones de vivir y de esperar, a pesar de todo. Para los jóvenes, serán sus padres, personas de su familia, cristianos y cristianas de la parroquia, compañeros, educadoras y educadores, orientadores, compañeros de movimientos y muchos otros testigos que podrán cruzarse al azar en sus centros de estudio, en sus lugares de ocio y en sus desplazamientos.

III

PROPUESTAS DE ITINERARIOS, DE PROYECTOS

Estos itinerarios deben ser a la vez sencillos y concretos. Deben sobre todo conducir recto a la fuente, a lo esencial.

Teniendo en cuenta el inestable contexto cultural, ¿cómo llevar a alguien concretamente las orientaciones que acabamos de indicar?

Hay que plantear la pregunta en términos muy realistas: En lo que concierne a la propuesta de fe a los jóvenes ¿qué es razonable y pertinente esperar hoy de las familias?, ¿de las parroquias?, ¿de los movimientos?, ¿de los centros escolares?, ¿de los otros medios de comunicación de la cultura?.

Vamos a proponer, para cada uno de estos ámbitos, un conjunto de itinerarios posibles, entre los cuales se podrá elegir con toda libertad las pistas que parezcan realizables. Todas las sugerencias no son para tomar notas en un bloc; nosotros las multiplicaremos con el sólo objetivo de permitir a unos y a otros encontrar el o los itinerarios posibles, adaptados a su situación, conforme a su ritmo.

Se trata del despertar a la fe de los niños y de los adolescentes. No hay ni que decir que estos itinerarios deben ser a la vez sencillos y concretos. Deben llevar sobre todo recto a la fuente, a lo esencial.

Itinerarios para las familias

Corresponde a los padres invitar a sus hijos a dar los primeros pasos que les conducirán a la fe, en la prolongación del bautismo que la gran mayoría de entre ellos pide algunos meses antes del nacimiento

Subrayemos de entrada lo siguiente: Aún cuando la familia es frágil, desestructurada o reconstituída, es para los niños y adolescentes el remanso principal donde aprenden a afrontar la vida y el trampolín necesario para inventar su libertad . Aún cuando la fe de los padres parece débil o vacilante, esto no impide que en sus casas y a través de las generosidades y tradiciones familiares, los jóvenes encuentren los primeros elementos de discernimiento moral y de las convicciones espirituales.

La propuesta de fe en familia es, ante todo, un tema ambiental, una cuestión de clima, un cierto arte de vivir. Los padres proponen la fe como un “aire de familia”, como un “estilo de vida” impregnado de su cultura, de sus valores y de sus razones de vivir. El amor de una pareja, el trabajo cotidiano para ganar el pan, vestir a los hijos, cuidarles cuando están enfermos. Es ya el libro abierto del Evangelio, al día, muy concreto. “El vaso de agua dado al más pequeño”. (Mt. 25)

Más allá del arte de vivir, la propuesta de fe requiere ciertas prácticas, ciertos aprendizajes específicos que corresponden a la familia y por los cuales esta permanece casi insustituible.

Sugerimos aquí algunos primeros pasos, los primeros recorridos en la fe que los padres pueden proponer a sus hijos. Evitando imponerles una carga imposible, o confiarles responsabilidades que les superen.

Por una parte, hay que ser realista y tener en cuenta la inmensa diversidad de situaciones familiares y la no menor disparidad en las aspiraciones y los niveles espirituales. Pero, por otra parte, hay que confiar en las capacidades reales de los padres en querer y en buscar lo mejor para sus hijos. Con un poco de apoyo, un buen número de padres pueden contribuir a hacer posible la iniciación y la evolución de la fe en sus hijos, profundizando entre las sugerencias siguientes:

- Desarrollar en el hijo el sentimiento de confianza en sí mismo y en la vida: a través de la experiencia de un clima de ternura, de una casa acogedora, de la apertura a los demás, de la atención a las personas, de la maravilla ante el sol, las flores, los animales, el entorno.

- Aprender las primeras palabras y los primeros ritos de la oración, hablando con Dios de manera recogida, con las palabras cotidianas: gracias, buenos días, buenas tardes, perdón, ayúdame, por favor. Aprender a rezar el Padre nuestro y el Ave María.

- Contar o leer en un album ilustrado algunas páginas de la Biblia, como se lee o cuenta otros relatos, en un sillón o alrededor de la cama, con entonaciones de interiorizar.

- Colocar cierto elementos simbólicos y rituales: una cruz o una imagen de Jesús, un rincón de oración, el portal de Belén en tiempo de Navidad, el libro de la Biblia, un gesto de compartir en tiempo de Cuaresma, un tiempo libre, el domingo, para pasar buenos momentos juntos.

- Vivir en familia, proyectos concretos de ayuda o de colaboración sacando lo mejor de las personas cercanas o lejanas.

- Mantener ciertas tradiciones familiares, culturales y cristianas que enriquezcan la memoria y el corazón: los cumpleaños, las fiestas y puentes (Navidad, Pascua y vacaciones), las comidas en familia, los albumes de fotos, el album de bautismo, las costumbres particulares, ligadas a las estaciones, a las pertenencias culturales.

- Despertar el concepto moral, o la preocupación por el desarrollo personal y de respeto a los demás: en los momentos de charla y diálogo sobre los acontecimientos corrientes, cuando llegan las discusiones y peleas, o cuando se trata de tomar una decisión.

- Conversar con el hijo si es de edad escolar, a propósito de lo que él descubra en la enseñanza religiosa o en las actividades de animación espiritual y comunitaria.

- En la etapa de la adolescencia, buscar ante todo lo que despierte en los jóvenes el gozo de vivir, la ayuda a los demás, el sentido de la amistad, el deseo del éxito y el desarrollo de sus facultades, mediante el estudio, el arte, el deporte.

- Estar disponibles cuando los adolescentes lo necesiten o cuando sientan la necesidad de hablar, cuando se cuestionen por el sentido de la vida, y asegurarles que son amados y aceptados, suceda lo que suceda, incluso en las situaciones marginales.

- Aceptar que los jóvenes, a medida que crecen, se revelan diferentes. Acoger esta diferencia como un enriquecimiento. Aceptar también que ellos guarden su distancia en relación al hogar, ayudándoles siempre a que sean responsables de sus elecciones y de sus valores.

- Contar con la complicidad y la alianza de los jóvenes y de los abuelos para establecer el puente entre las generaciones con la trasmisión de la sensatez y experiencia de vida, de las fuentes de motivación, de los valores que permanecen.

- Subrayar las etapas de evolución en los jóvenes y enriquecer su memoria con recuerdos felices: entrada en la etapa de secundaria, primera medalla, primer trofeo, primer empleo, primer diploma, carnet de conducir, paso a la mayoría de edad a los 18 años, etc.

Repitamos que estos proyectos no se proponen aquí como exigencias para familias ideales, cuya solidez humana y espiritual estarían a prueba de bomba. Son

pistas de posibles intentos y cumplimientos, incluso en plenas dificultades y fragilidades que conocen la mayoría de los hogares.

Ante los desafíos que deben afrontar las familias, es importante, valorar y confortar a los padres en su función. También a los abuelos, y a los mayores, que son muy importantes a los ojos de los pequeños. Repitamos lo que las encuestas confirman: la familia, incluso debilitada, es para los hijos la principal referencia. A pesar de las conmociones que conoce, es en la familia donde se esbozan los valores esenciales: confianza, acogida, perdón, solidaridad, comprensión, respeto, apertura, etc. Es la espiritualidad básica.

Los padres se preguntan cómo llevar a cabo estos proyectos con sus hijos. Para esta finalidad, sería útil poner a su disposición guías prácticas, incluso breves folletos de iniciación cristiana, en relación con las situaciones familiares comunes y en relación con la edad de los hijos; parecido a lo que se hace en los servicios sociales: por ejemplo en lo que se refiere a la higiene y a las relaciones padres –hijos.

Pensemos igualmente en recuerdos oportunos, procedentes de grupos de padres o de comunidades cristianas o durante las etapas de crecimiento de sus hijos. Pensemos, sobre todo, en un esfuerzo concertado para inculcar algunas prácticas concretas y sencillas: una pizca de conversación diaria con los jóvenes, la colocación de símbolos conocidos, como la cruz en la casa o el Belén al pie del árbol de Navidad. Es a menudo con la ayuda de prácticas de este género, enraizadas en lo cotidiano y en la cultura popular, que los padres están más a gusto para iniciar un diálogo sobre religión con sus hijos y hacer así, a su manera, una cierta propuesta de fe.

Cuando llega el momento de la avanzada adolescencia, las familias sienten rápidamente los límites de su influencia. Para acompañar a los jóvenes en esta edad, ellas deben poder contar con relevos exteriores y especialmente con iniciativas donde los adolescentes y jóvenes se encuentren entre iguales y con los demás adultos.

Itinerarios en las parroquias

Las parroquias tienen que redefinir su función en materia de propuesta de fe a los jóvenes. Efectivamente, se encuentran hoy ante desafíos temibles, como la reducción manifiesta de la práctica dominical, la movilidad de los fieles que van de una parroquia a otra, la ausencia casi completa de los jóvenes y de los adultos, la escasez creciente de los recursos en personal y en dinero. Si ellas aceptasen una reinversión creativa, su función podría continuar revelándose importante.

La parroquia, un relevo

En la reflexión pastoral sobre el futuro de las parroquias, se insiste con gusto en la necesidad de que ellas creen, a partir de ahora, como un “relevo” eclesial, más bien que como un “recinto” territorial. Un relevo vivo, recordando a Jesús, su evangelio y en un lugar preciso.

El “recinto” encierra. Establece una clara demarcación entre los que están dentro y los que están fuera. Al contrario, la imagen del “relevo” evoca más bien la idea de continuidad en la distancia. Se habla de carrera de relevo, cuando los equipos se pasan el testigo en distancias determinadas. Se habla de puestos de relevo, cuando una emisora retransmite un mensaje, amplificándolo. El relevo no separa, une, reactiva. En cuanto alguien quiere hacer una larga carrera o encontrar su dirección, los relevos se hacen indispensables.

Es importante que los niños y los jóvenes descubran la parroquia como un relevo de Evangelio. No como un cercado donde enrolos, sino como un lugar acogedor, donde vivir y compartir la fe.

Con esta perspectiva, la parroquia debe concentrarse menos en el deseo de “reunir” que en la manera de “relevar”. Es decir, ser un relevo reposado, enriquecedor, que ilumina en el camino de los que buscan a Dios.

Este símbolo de la parroquia como un relevo está completamente en consonancia con el cambio de perspectiva que hemos señalado para la propuesta de fe en la época actual: paso del río a la fuente, y paso del programa al itinerario.

Desde el momento en que la parroquia se vea a sí misma no como un lugar de llegada, sino más bien como un lugar intermedio, un lugar de tránsito permanente, a través del cual los y las creyentes de todas las edades encuentren, en los momentos intensos y esenciales de sus vidas, testimonio de Evangelio, “pozos de agua”, fuente de celebraciones. Entonces es cierto que la parroquia podrá darse a conocer a los niños y a los jóvenes como un relevo benéfico y no intentará retenerlos en sus redes a cualquier precio. Ella los acogerá lo mejor que pueda por medio de encuentros significativos con la esperanza de que encontrarán enseguida otros relevos. Ella les abrirá la puerta grande de buena fe. Al ejemplo de Jesús que decía: “Yo soy la puerta” (Jn. 10,9), es decir, como en las ciudades antiguas, el punto de convergencia, el lugar por donde cada uno va y viene libremente.

La parroquia, una red

El futuro de la parroquia tiende también a revelarse para los cristianos, jóvenes y menos jóvenes, como una red digna de interés. Red de personas de todas las condiciones. Red de palabras intercambiadas, de servicios compartidos, de fe y de caridad vividas, de Misterio contemplado. Red donde los proyectos individuales se unen con los proyectos comunitarios, para enraizarse mejor en la Palabra de Dios y en la fuente de experiencias. Red donde se intenta hacer comunidad, trabajando en las fuentes comunes que pueden conducir a la comunidad.

Contra la fuerte tendencia actual a privatizar la fe y a vivirla en solitario, la parroquia aporta un contrapeso útil: afirma que la fe se vive en red. Esta palabra “red” que pertenece a la cultura de nuestro tiempo- todo funciona mediante la red- repite a su manera la importancia de la solidaridad y de la comunión, para el mayor bienestar individual y colectivo.

La fe también nos habla de vivir en red, en solidaridad. Y es especialmente función de la parroquia, proponer esta “conexión a la red”, sugiriendo proyectos con

carácter distendido y comunitario. Intentando también relacionarse con las demás instituciones y organismos que, en la ciudad o en el distrito, trabajen para mejorar las condiciones y la calidad de vida de las personas (centros locales de servicios comunitarios, centros escolares, organismos de ocio, de cultura y de sanidad)

La red- parroquial- abre sus puertas a todo el que viene. Nada de círculo cerrado. En la asamblea dominical, invita a todos a vivir como católicos. Acoge a los jóvenes y a los mayores, a los ricos y a los humildes. Especialmente tiene el poder de reactivar a los jóvenes, más allá de las agrupaciones por edad, iniciándoles al diálogo entre generaciones, invitándoles a aportar su parte de crítica constructiva, a la manera de hacer de la Iglesia, que es vivir la fe.

He aquí los itinerarios que las parroquias, relevos y redes, proponen ya o podrían desarrollar en honor a los jóvenes en su camino de evolución hacia la fe.

- Constituir lugares de celebración y de Palabra donde resuene, de verdad y de manera sentida, la llamada de Dios para vivir en la libertad, en la fraternidad, en la paz.

- Manifestar una amplia acogida a los padres y las familias, cuando pidan el bautismo de un hijo, intentando discernir los signos de la acción del Espíritu en el fondo de sus experiencias, intentando siempre consolidar las posibilidades de despertar la fe en el seno de estos hogares.

- Valorar la iniciación cristiana de los jóvenes en los momentos de petición de los sacramentos de la Confesión, de la Eucaristía y de la Confirmación, proponiéndoles no sólo una preparación a la celebración litúrgica sino también un verdadero proyecto de evangelio.

- Apoyar a los padres en el despertar y en el acompañamiento espiritual de sus hijos, con informaciones y sugerencias relacionadas con las distintas etapas de evolución de sus hijos y con las principales dificultades que encuentren los padres.

- Proponer iniciativas de formación sobre la catequesis y la Biblia para los jóvenes, además de prácticas de iniciación Sacramental, teniendo en cuenta la contribución contrastada de los centros escolares.

- Proporcionar a los jóvenes la ocasión de contactar con testimonios o personas relevantes de la comunidad – voluntarios – agentes de pastoral – sacerdotes – y participar en las iniciativas de solidaridad en el centro local.

- Suscitar encuentros y proyectos que permitan un diálogo y una solidaridad entre las generaciones.

- Renovar y revitalizar las celebraciones eucarísticas, intentando desarrollar su dimensión catecumenal y participativa, dando también un lugar destacado a los modos de expresión y a la creatividad de los niños y de los jóvenes.

- Favorecer los acontecimientos asamblearios, al margen de las reuniones litúrgicas habituales, a las cuales la población local y los jóvenes de todas las edades podrían participar cómodamente.

Para mejor captar el significado de estos itinerarios propios de la parroquia, señalemos que pertenecen a tres órdenes: están los proyectos impulsados por la vida, los proyectos particulares de iniciación a los jóvenes y, finalmente, los sacramentos.

Los proyectos impulsados por la vida

Son los proyectos que la vida misma suscita e inscribe en la agenda de todos, mal que les pese. Son los proyectos ligados a las grandes etapas de la vida. El nacimiento, es el proyecto del Bautismo. La decisión de casarse es el proyecto del Matrimonio. El drama de la enfermedad o de la muerte, es el proyecto del acompañamiento al enfermo, el de los funerales, y de la travesía del duelo.

Estos proyectos dictados por la vida conducen a la parroquia a muchas personas, de todas las edades, de todos los niveles de creencia. Es una de las funciones principales de la parroquia, hacer estos momentos lo más significativos posibles, en el respeto de la situación espiritual concreta de las personas. Son citas intensas, llenas de emociones y de interrogantes. Pueden llegar a ser ocasiones privilegiadas para entablar un diálogo entre, por una parte, la experiencia espiritual que las personas viven en esos momentos y que les impulsa a buscar y, por otra parte, la propuesta de fe cristiana que les precede pero que quizás ya, por medio de las ambigüedades, ha comenzado a repercutir en ellos.

Los proyectos propuestos por la Iglesia

Están también los itinerarios que las parroquias proponen. Son los proyectos de Adviento y de Navidad, los proyectos de Cuaresma y Pascua, el largo y regular proyecto de las celebraciones del domingo. Son también los proyectos del servicio y de la ayuda a los desfavorecidos, los proyectos de la lectura bíblica y de la oración.

Se constata que estos proyectos atraen a una minoría de personas y relativamente a pocos jóvenes. Pero es importante que las parroquias, legado evangélico, continúen ofreciéndolos. Cada una en su circunscripción tiene la misión, en memoria del resucitado, hacer eco de su Palabra y de reunir a los creyentes para que sean testigos y para que recen por sus hermanos y hermanas los hombres.

Hoy es muy particularmente importante que la parroquia se esfuerce en multiplicar las puertas de entrada en la experiencia cristiana. Especialmente para los jóvenes, es necesario diversificar las asambleas y los estilos de celebraciones litúrgicas. Que se propongan las eucaristías solemnes y las grandes reuniones, ¡sí! Pero también las eucaristías sencillas y conviviales como una comida entre amigos. Que haya también reuniones alrededor de la Palabra, alrededor de una propuesta caritativa o social importante, y alrededor de un acontecimiento notable. Efectivamente, ya existen iniciativas y relaciones en este sentido, pero hará falta una impulsión mucho más fuerte para que la liturgia vuelva a ser atractiva y locuaz a los ojos de los jóvenes. Estos últimos solicitan con fuerza una Iglesia rejuvenecida y renovada.

Los proyectos de iniciación a los sacramentos

Están finalmente los proyectos particulares de iniciación a los jóvenes a la confesión y a la confirmación. Se nota por todas partes la necesidad de orientar estas propuestas en una perspectiva más amplia que la sola iniciación a un sacramento.

De hecho, se trata menos de iniciar a los niños a los sacramentos que de procurar que los sacramentos inicien a los niños a la vida en una perspectiva cristiana.

Es una pena que estas etapas de iniciación sean a veces consideradas como simples ritos de paso, desprovistos de significado, incluso inútiles porque, por supuesto, ellos permanecerían sin continuidad. En lugar de desacreditarlos, puesto que muchos jóvenes son felices de comprometerse, aprovechemos estas ocasiones para proponer de nuevo una probabilidad en el desarrollo de la vida humana y cristiana de los jóvenes.

La preparación para los sacramentos es entonces la ocasión de vivir en verdad con los niños, los jóvenes y sus padres, acompañados por la comunidad cristiana, algunos periodos de vida, iluminados por el Evangelio. Es la ocasión para reunirse, conocerse, dialogar con los padres e hijos, recordar algunas palabras esenciales de Jesús, hacer gestos concretos de ayuda, rezar juntos, valorar la alegría de compartir el pan con los amigos y con los nuevos testigos de la fe. Es la ocasión para la comunidad cristiana, unirse a la vida de la familia, a la comunidad natural de los hijos. Es la ocasión de descubrir la importancia del perdón en las relaciones cotidianas. Es la ocasión de ser confirmado por el Espíritu y por sus próximos en sus capacidades, en su autoestima, en su fe. Es la ocasión de hacer aparecer la comunidad que se busca, como una red de expectativa y esperanza.

Esto significa, igualmente, que se pasa a la actitud de acogida, que es percibida como más evangélica y por lo tanto preferible, pero que puede conducir, a la larga, a la disolución del significado de los sacramentos.

Entre estas dos actitudes hay lugar para una postura intermedia, la que conduce a dar prueba de una amplia acogida, atreviéndose a proponer un trozo de camino en la dirección del Evangelio. Actitud no de juicio ni de imposición pero sí de propuesta. Actitud que conviene a lo que los padres y los hijos consiguen, en la medida de lo posible, hacer la que se puede, con una conciencia más clara de una Buena Nueva que les precede y que quizás ya haya resonado en el fondo de ellos mismos. Cuando se adopta esta actitud de propuesta, la manera de interpretar las peticiones y la respuesta de sacramento, contribuye a cambiar. “ Los demandantes “ de sacramentos no son clientes de la iglesia sino testigos del trabajo del Espíritu que a menudo nos aventaja y nos asombra. Todo educador sabe que debe aceptar ser sorprendido por los que él forma.

Itinerarios para inventar

Existe un motivo suplementario para pasar de la pastoral de petición a una pastoral de propuesta: Son los cambios que se originan en los centros escolares en relación con la educación religiosa. Con la retirada del carácter confesional de los centros escolares, con las orientaciones particulares que asumen a partir de ahora la enseñanza religiosa y el servicio de animación espiritual y de compromiso comunitario, es obvio decir que las parroquias tendrán que desarrollar una capacidad nueva para

hacer propuestas a los niños y a los jóvenes. El objetivo aparece evidente y necesario: Asegurar una formación catequética y bíblica con más empuje que la que acompaña a la iniciación a los sacramentos.

Ciertas parroquias no han esperado al viraje consumado en las escuelas para hacer inversiones creativas en este sentido. Pensemos en las diversas iniciativas a los llamados: laboratorios bíblicos, programas particulares para la profesión de la fe, grupos parroquiales para los niños, etc. Hay que multiplicar estos intentos y estas iniciativas. Habrá que evaluarlas. Habrá que apoyarlas. Deseemos que las parroquias dediquen el personal de animación y las sumas de dinero que invertían antes en las escuelas, en la animación pastoral. Las parroquias no están solas en juego, pero es cierto que en la escuela la pelota rebota en su tejado.

Itinerarios en las escuelas

Tradicionalmente habituada a contar con los centros escolares como socios en la propuesta de la fe, la población católica debe hoy revisar sus expectativas con respecto a la escuela. Debe dar el cambio que se ha consumado a lo largo de los últimos años y que continúa en lo referente a la misión específica de la escuela con respecto a la educación religiosa de los jóvenes. Se necesita, pues, un frescor nuevo, como en el caso de las familias y de las parroquias. Se necesita hacer un balance realista de las posibilidades y de los límites en la escuela en lo que concierne a la propuesta de fe a los jóvenes.

En Junio 2000, al término de un largo debate el gobierno de Quebec introdujo nuevas disposiciones legislativas que abolían el carácter confesional en la escuela. Hay que señalar por lo demás que la escuela continúa ofreciendo a los alumnos la posibilidad de recibir una enseñanza religiosa confesional. Además la ley precisa que la escuela “debe especialmente facilitar el enriquecimiento espiritual del alumno para favorecer su desarrollo”. En lo que ha caracterizado la animación pastoral, pronto será reemplazada por un servicio de animación espiritual y de compromiso comunitario.

Es difícil prever todos los efectos que tendrán estos cambios. Un gran número de precisiones quedan aún por llegar. Conciérne a la responsabilidad de todos estar atentos y vigilantes para contribuir a que se pongan los medios que garantice la calidad de los servicios ofrecidos a los jóvenes.

En todo caso, está claro que hay que distinguir entre la misión de la escuela y la de las comunidades creyentes en relación a la educación en la fe. Esto significa que la enseñanza religiosa escolar se presenta como una enseñanza confesional de tradición católica, pero sin asumir el objetivo global de la catequesis, que aspira a iniciar en la plenitud de la fe a la vida cristiana. No es la función de la escuela pública suscitar la adhesión a la fe o el pertenecer a la Iglesia. No puede en este ámbito reemplazar ni a las familias ni a las comunidades.

Esta constatación altera los dispositivos tradicionales de la transmisión de la fe, obliga a un realineamiento de fuerzas que ya ha empezado. Pensemos en la iniciación sacramental que es, a partir de ahora, el resorte de las comunidades y de las familias. Este realineamiento debe conseguirse siguiendo las vías esbozadas en este documento. A medio y largo plazo se revelará favorable: para la escuela, para las familias y para las mismas comunidades creyentes.

Teniendo en cuenta estos grandes cambios en la escuela, he aquí los proyectos que los niños y los adolescentes podrán cumplir a lo largo de la enseñanza primaria y secundaria.

- Iniciarse en los valores básicos: respeto, tolerancia, lealtad, no indiferencia, solidaridad, compasión.
- Desarrollar las aptitudes y las actitudes que consolidan a la persona: autoestima, expresión personal, responsabilidad, sentido del esfuerzo, apertura.
- Animarles y ayudarles en la búsqueda del conocimiento y de la esperanza.
- Iniciarse a la práctica de la atención, de la búsqueda, del silencio, de la interioridad.
- Aprender a cuestionarse en las elecciones y actuaciones, desarrollando el sentido y el juicio moral en relación con nuestra herencia espiritual.
- Aprender a respetar a las personas en sus rasgos físicos, sociales, culturales, religiosos.
- Descubrir y conocer mejor la herencia espiritual y moral de la tradición cristiana, católica o protestante.
- Abordar igualmente las demás tradiciones espirituales que han marcado y que marcan cada vez más el paisaje actual (en Quebec) especialmente el judaísmo, el Islam, el budismo, el hinduismo, las tradiciones autóctonas y la tradición humanista.
- Situarse frente a las creencias y a las prácticas religiosas familiares y del entorno.
- Ejercitarse en discernir entre las propuestas de diferentes grupos y las corrientes religiosas.

Hay que saber apreciar y valorar el aporte particular de los centros escolares en la formación moral y espiritual de los jóvenes . La escuela les da también accesos a los recursos humanos y espirituales, les aclara en el enriquecimiento humano y les prepara para afrontar el desafío de humanización en el mundo .

Por otro lado es pertinente y razonable que la escuela mantenga la enseñanza religiosa y confesional de la tradición católica y protestante, para los alumnos que lo deseen y con pleno respeto de libertad de conciencia y de religión de todos los alumnos. El cristianismo es la tradición espiritual para nueve de cada diez habitantes de Quebec. El cristianismo - “esta idea revolucionaria universal”- no sólo ha marcado nuestra historia, ha modelado profundamente nuestra civilización. No hay ni un solo interrogante contemporáneo que no lleve la marca en positivo o negativo. Es la fuente de manera absoluta de la noción personal y de los derechos de la persona.

Añadamos un último elemento concerniente a la escuela, un elemento precioso pero que no es programable. Más allá del aporte específico de la enseñanza religiosa, de la enseñanza moral y del servicio de animación espiritual y de compromiso comunitario,

la escuela constituye sobre todo un lugar de relaciones a través de los cuales se filtran el testimonio de la vida de los educadores y el ejemplo de los mismos compañeros. En el conjunto de las clases y de las actividades escolares, en el contacto con sus amigos, en sus relaciones con los profesores, los animadores, los niños y jóvenes que son creyentes pueden encontrar múltiples ocasiones de comprobar, de afianzar y reafirmar su fe personal.

Itinerarios para grupos y movimientos de jóvenes

En la exploración de los caminos para “creer”, hay que señalar la importancia para los jóvenes de pertenecer a un grupo o movimiento. Es ahí donde realzar la experiencia comunitaria.

Hay múltiples grupos en los que los jóvenes se encuentran: grupos de amigos, grupos de juego, club de música, de ciencias, de informática y grupo de presión. Surgen también reuniones de alcance social, espiritual, religiosa: actividades compartidas, campañas de solidaridad internacionales, marchas por la paz, proyectos unidos a la escuela, visitas a los centros de acogida para personas mayores o enfermas, estancias en países en vías de desarrollo, grupos de oración.

El grupo tiene un carácter formativo para el desarrollo del joven. Le da la posibilidad de escapar de la soledad, de tener un solo juicio de valor. Le proporciona un ambiente para las relaciones entre sí y los demás: los jóvenes aprenden en el grupo las relaciones interpersonales a partir de un acuerdo, a partir de reglas, más o menos explícitas. Se ejercitan en tomar la palabra en las actividades y proyectos de grupo. Aprenden a decir “yo” y después a superar el “mío”, empezando a decir “nosotros”. El grupo ayuda al joven a descubrir su identidad y a abrirse a los demás y al mundo. En el grupo, el joven pasa por la experiencia de la tensión entre el extremo individual y el extremo colectivo. Los grupos pueden también ser un crisol privilegiado de apertura, de amistad, de democracia, de madurez, de creatividad, de aprendizaje de la libertad, de expresión religiosa.

Los movimientos se diferencian de los grupos por la relación de continuidad que establecen entre los jóvenes y adultos.

En un movimiento son los adultos que presentan previamente los objetivos y las actividades para conseguir en un cierto espacio de tiempo según una estrategia pedagógica precisa. El movimiento es ante todo una propuesta hecha a los jóvenes. Su vitalidad depende ampliamente de la calidad de presencia de las animadoras y animadores, de su fuerza de propuesta, de su capacidad de acompañamiento: “he aquí lo que podemos hacer.....”.”yo lo he experimentado con otros...”. “podréis hacerlo, es posible...”. Gracias a la pedagogía del movimiento, los jóvenes aprenden a ser valorados, amados, confortados, contestados. Ellos se revelan a sí mismos: “yo soy capaz de hacer esto...”. Se descubren unidos a otros, al mundo entero. Es una probabilidad evidente para la construcción de una personalidad más autónoma y más sólida.

Existe un gran número de movimientos religiosos para los jóvenes. Movimientos de acción católica y de compromiso comunitario, movimientos espirituales de despertar a la oración, a la liturgia, a la dimensión misionera. Los nombres y los enfoques de los

movimientos varían mucho. Citemos algunos de entre los más conocidos: Jóvenes del mundo, servicio de preparación a la vida, juventud estudiante cristiana, Salvación-Tierra, Aclé, etc. Efectivamente, estos movimientos agrupan una fracción mínima de jóvenes, pero su influencia en los y las que se reúnen se revela a menudo determinante y durable. Ofrecen posibilidades de proyectos múltiples que favorecen la interiorización y la expresión personal y colectiva de la fe.

La fuerza de ciertos grupos o movimientos tienen aún la capacidad de reunir a los jóvenes en un amplio territorio, de integrarlos en una amplia red. “Sin conocerse, ellos se reconocen”. Se les ve en los grupos puntuales y en las grandes reuniones. Vienen “de cualquier parte” pero son “del mundo entero”. Esta experiencia de lo universal, de lo “católico” constituye no sólo un gran descubrimiento para los jóvenes, representa también un contrapeso útil contra la deriva posible en el repliegue o el sectarismo del grupo.

En la propuesta de fe a los jóvenes, es pues importante contar con el efecto llamada y arrastre de los grupos y de los movimientos. La apuesta es reclutar y formar adultos responsables que puedan hoy lanzar a los jóvenes a la invitación que resonó al principio del Evangelio: “Venid y veréis”. (Jn. 1, 39)

He aquí los proyectos para proponer con la misma experiencia de inserción entre los grupos y los movimientos.

- Ofrecer a los jóvenes la posibilidad de compromisos diversos, concretos, en las reuniones informales o estructuradas, grupos de iguales, o grupos de intergeneraciones que respondan a sus aspiraciones y gustos.

- Dar la posibilidad a los jóvenes de sumergirse en un ambiente de valores vivos y coherentes, donde experimentar la amistad, la solidaridad, la protección del entorno, la búsqueda de la paz y de la justicia.

- Proporcionar a los jóvenes un campo de acción suficientemente amplio para que encuentren el espacio y el tiempo de medirse a sí mismos y de examinar los valores que intentan obtener como persona y como creyente.

- Potenciar en los jóvenes que, a través de sus búsquedas y vacilaciones, contrasten la solidez de una palabra dada y de un compromiso adquirido frente a lo provisional.

- Desarrollar su creatividad en la expresión, en la celebración, en el testimonio de fe, a partir de lo vivido y de las relaciones de grupo.

- Descubrir más allá de la multiplicación de experiencias espontáneas y momentáneas, la riqueza de la tradición y de las reglas que estructuran la vida de un movimiento o de un grupo.

- Ofrecer a los jóvenes la ocasión de reunirse con los adultos y con otros jóvenes objetivos, que sepan escucharles pero que sepan también enseñarles el concepto del discernimiento, el significado de la Palabra que pone en camino, hacia una fe vigilante,

sin complejo, comprometida y hacia un testimonio que va más allá de los sentimientos, hasta los gestos concretos y durables.

Itinerarios al filo de los acontecimientos

Los caminos del Espíritu jamás serán completamente previstos o previsibles. Son con frecuencia imprevistos. El Espíritu sopla donde quiere. Para despertar a la fe y a la vida cristiana, es importante tener en cuenta muchos más factores que los nombrados hasta aquí.

Cuántas cosas pueden desencadenar un proyecto. De repente, un acontecimiento, una palabra, un impacto, un encuentro, un accidente, una imagen, una lectura, una enfermedad, una película, un día de vacaciones. De repente algo sucede sin más. Uno se sorprende. Va y vuelve. Se mueve interiormente. Es como un despertar. Como un nacimiento. Uno se abre a lo real, se siente dispuesto a dar un paso hacia otra realidad. El acontecimiento empieza a ser un advenimiento.

Primero están las noticias y los hechos de actualidad, relevantes para los medios de comunicación. Se produce, con bastante frecuencia, grandes acontecimientos mediáticos que conmocionan y golpean profundamente a las personas. Pensemos en ciertos dramas o accidentes, duelos relevantes, acontecimientos felices o desgraciados, titulares en primera página nacional o internacional. En semejante circunstancias, el “pueblo entero” se manifiesta solidario con expresiones de pena, de cariño, de admiración, de recogimiento, de fe en la humanidad, de alegría, a veces incluso de fe en Dios. Sucede que a través de estos acontecimientos se manifiesta una tal solidaridad, una tal comunión en la compasión, o en la acción de gracias que podría verse como una especie de Iglesia “virtual”.

Los medios de comunicación social llegan a ser los “areópagos modernos, lugares privilegiados de la misión”, como lo recordaba la encíclica **Redemptoris missio** (nº 37).

La influencia mediática en la iniciación cultural de las personas ha llegado a ser tan predominante que el despertar a la vida cristiana puede ciertamente tomar esta vía. Junto a los esfuerzos de evangelización y de educación en la fe realizados en los lugares de catequesis, las iglesias en Quebec están invitadas hoy a investigar en otros campos, en particular el de los diferentes medios de comunicación.

El despertar a la fe puede tener lugar en los momentos libres: lectura, música, actividades culturales y artísticas. Efectivamente hay mucha actividad difusa, a veces extrañamente explícita, en las canciones, en la música, los magazines, en las películas, en las series televisivas.

No olvidemos tampoco la importancia de estas metas espirituales que jalonan los caminos de los ciudadanos ambulantes y nómadas en que nos hemos transformado: los monasterios, las abadías, los lugares de peregrinación. Son lugares que se conocen por todas partes con una afluencia constante y extraña de visitantes de todas las edades a la búsqueda de silencio y de oración. Van allí, se detienen....para encontrar “la fuente”. Proceden de lugares de nacimiento o de resurgimiento a la fe viva. De este modo

algunos van para sacar de estos lugares el empuje y la motivación para un compromiso en sus iglesias o parroquias próximas.

Pensemos aún en estas asambleas que se producen a veces considerables, como congresos de jóvenes católicos o jornadas mundiales de la juventud. Son momentos de gran intensidad que permiten a algunos oír como por primera vez una palabra que les reúne, o bien, renovar los lazos con una comunidad de fe de la que se habían alejado. Estos lugares o estos momentos “activadores” se revelan fuentes de innovación y de entusiasmo. Para que tengan efectos duraderos sería deseable que se encuentren en reagrupaciones más estructuradas y sobre todo más próximas.

No es posible programar estos itinerarios insólitos e inesperados del Espíritu. Pero “si el hombre no hace el viento, puede izar las velas” (San Agustín). Es importante hoy, para que la propuesta de fe reúna más ampliamente a los jóvenes, izar las velas en estas corrientes de corredores nuevos de la cultura y de la vida colectiva. Los jóvenes aquí se encuentran espontáneamente. Están a gusto con el lenguaje simbólico, creativo, artístico. Se muestran particularmente sensibles a las formas inéditas de expresión de la fe.

En consecuencia, hay que captar y multiplicar estas ocasiones, donde sin previo aviso, el Espíritu puede hablar a los jóvenes de nuestro tiempo.

- Proponer actividades que les permitan entrar en la experiencia cristiana por caminos poco frecuentados: las artes, la música, la contemplación, el silencio, la reflexión sobre la actualidad.
- apoyar la búsqueda y el resurgir de canales y lugares inéditos para proponer a la mirada y a la atención de los jóvenes el mensaje del Evangelio.
- Inspirarse en modos actuales de comunicación para renovar los modos de expresión, de celebración y de testimonio de fe.
- Desarrollar lenguajes donde primen ante todo el estilo narrativo, el testimonio y la expresión simbólica.

Itinerarios interrelacionados y convergentes

Todos estos itinerarios ya indicados – en las familias, en las parroquias, en los centros escolares, en los movimientos, al filo de los acontecimientos – elaboran una especie de mapa de senderos que pueden hoy conducir a los jóvenes a entrar en la experiencia de la fe.

Estos itinerarios podrían quedar en simples experiencias puntuales, esfuerzos aislados, caminos dispersos, sin continuidad. Pero pueden también ser por la gracia del Espíritu y con un mínimo de concertación entre los creyentes adultos y los grupos eclesiales, caminos convergentes, que se unen entre ellos, que permiten a los jóvenes oír y reoír propuestas creíbles de fe, experimentando ellos mismos “caminar” humildemente con Dios (Mi. 6, 8)

De itinerarios en itinerarios, las intuiciones despiertan, las convicciones maduran, los gustos y las arrugas se hacen, la elección y los valores se perfilan. Así es como los jóvenes construyen paso a paso sus vidas a partir de convicciones y de valores que se depositan y cristalizan poco a poco en ellos mismos: Algunas parecen primero tomadas y recibidas de las demás – les son transmitidas - . Otras, quizás las más esenciales se forjan ante todo en el fuego de la experiencia de la vida. Es sobre todo de este fuego que cada uno aprende poco a poco las grandes realidades que tienen nombre: amor, compromiso, Dios, justicia, Jesús.

Al ver el conjunto de estos itinerarios se comprende que hoy la fe es para presentarla a los jóvenes, no bajo el modo de una herencia para transmitir sino bajo el modo de un proyecto para plantear. Una propuesta formulada, de diversas maneras, y en tiempo oportuno, por testigos bastante convencidos y bastante convincentes para atreverse a invitar a los jóvenes a hacer un poco de camino bajo la luz del Evangelio. Una invitación a crecer en la confianza que Dios da, como una fuerza para vivir.

Es importante los jóvenes acepten esta propuesta de fe, no como una llamada para reproducir o para fotocopiar el pasado, sino más bien, como una llamada para proyectar su vida personal, e iluminada por la fe, en la pantalla profunda de la historia humana y de la historia de la salvación y aún por venir, en Jesús. Este último punto aún queda por subrayar y balizar.

IV

RELATOS NARRADOS

**Relatos que hacen pensar,
que iluminan lo que se está viviendo,
que invitan a ver más lejos, a ir
más lejos.**

La fe cristiana se funda en una experiencia personal, pero tiene también necesidad de manifestarse, con palabras, con convicciones, con algunas fórmulas esenciales. Estas palabras, estas convicciones, estas fórmulas que abren el diálogo entre hermanas y hermanos creyentes y que se relacionan con la historia de Jesús.

¿Con qué palabras los jóvenes manifestarán su fe? ¿Cómo enseñarles a hablar el lenguaje de la fe? ¿A hablar la lengua del Evangelio? ¿Cómo darles acceso a lo esencial de la historia y del mensaje de Jesús?

Para responder a estas preguntas, no es necesario hacer aquí una exposición orgánica y completa sobre la fe cristiana o la misión de catequesis de la Iglesia. Para ello, nos remitimos a los catecismos que ya existen, especialmente al **Catecismo de la Iglesia católica y muy particularmente al Directorio general para la catequesis** que constituyen las referencias básicas.

No queremos más proponer una distribución del contenido de la fe en función de las distintas edades psicológicas de los niños y de los adolescentes o en función de las etapas escolares. De acuerdo con lo indicado al principio de este documento, este trabajo revierte en los organismos y en los equipos responsables de la educación cristiana, así como en los pedagogos, orientadores y orientadoras que trabajan con los jóvenes. Esto últimos podrán siempre inspirarse en el documento “**La enseñanza religiosa católica. Orientaciones pastorales, publicada en 1984**”, situándolo en las perspectivas más amplias aquí esbozadas.

Nos limitamos a una sola indicación, a una sola insistencia. Hacer un esfuerzo colectivo para la propuesta de fe a los jóvenes nos parece útil. Como indispensable, que el conjunto de los responsables – padres, responsables de parroquias y de los

movimientos, educadores escolares – acuerden una referencia pedagógica común: los relatos de fe para narrar

Para que las intervenciones de unos y de otros se refuercen y se revelen convergentes, sugerimos favorable el enfoque narrativo. Es, el de siempre, el enfoque que ha servido mejor para expresar la memoria de los pueblos y su visión de futuro.

A lo largo de los caminos y de los proyectos que hemos esbozado, ¿cómo llegar a manifestar la fe? Por medio de relatos. Relatos narrados entre jóvenes y adultos, “haciendo camino”, a la búsqueda de la fe.

Antes se enseñaba a los jóvenes las palabras y los contenidos de la fe, principalmente por las vías de la explicación, de la definición, de la repetición.

Hoy, ya se sabe, los jóvenes no están dispuestos para largos discursos, ni intelectual ni psicológicamente. Se muestran refractarios a la enseñanza de un lenguaje que les será desconocido. La pedagogía que ellos conocen ha roto con las prácticas de la repetición y del lenguaje abstracto.

Aprenderán a hablar la fe, hablándola con otros creyentes, de forma más espontánea que antes. En relación directa con sus experiencias. En una comunicación con testimonios que sepan hablar ya el lenguaje de la fe. Por medio de una especie de inmersión en un clima de fe. En primer lugar, pero sin exclusión, por medio de relatos.

¿Por qué los relatos?

Porque el relato es el modo más sencillo y el más universal para transmitir una historia, una memoria, una fe.

Porque los jóvenes comparten más fácilmente los relatos que las verdades abstractas.

Porque la Biblia es de principio a fin, desde Abraham hasta Pedro, Pablo y los demás apóstoles, el relato de los testigos que quieren “dar testimonio de la luz” que ilumina sus vidas (Jn. 1, 7-9).

Porque el Credo origen de la fe en Dios, se dice de una manera narrada (y continúa diciéndose entre los judíos, nuestros mayores en la fe). “Mi padre era un arameo nómada; él bajó a Egipto con poca de su gente....Los egipcios nos maltrataron....Invocamos a Yahvé, el Dios de nuestros padres....Oyó nuestra voz...Y Yahvé nos hizo salir de Egipto”. (Dt. 26)

Porque el relato es el modo de expresión personal. Es de este modo que los jóvenes aprenderán poco a poco a tomar la palabra en su fe. ¿No pedimos con insistencia una Iglesia donde la palabra de los creyentes sea más liberada, donde se restablezca el hilo conductor entre la palabra de los hombres y las palabras de Dios?

Por b tanto, la práctica de la narración y la concentración en algunos relatos fundamentales pueden constituir una especie de referente común: “narrar es magnificar

la verdad para que se vea de lejos” (Gilles Vigneault). Y para que se vea de lejos, los relatos deben concentrarse en lo esencial.

Cinco relatos fundamentales

Sugerimos que la propuesta de fe se desarrolle y se concentre alrededor de cinco relatos fundamentales que están en el corazón de la fe cristiana. Se reconocerá fácilmente la secuencia tradicional de la historia de la salvación. Son:

- el relato de una tierra amada, visitada y habitada por Dios
- el relato de la génesis de la vida y del destino del universo
- el relato del sueño perdido y de la esperanza encontrada
- el relato de la llamada a la fraternidad entre los hombres
- el relato de las cosas empezadas pero aún no acabadas

Veamos en estos relatos el esfuerzo para manifestar hoy las “razones comunes” que nos reúne en la fe. Los relatos no rempazan el Credo. Pero en lo que constituye el fundamental del Credo, se encuentra la cadena histórica de los relatos que sugerimos aquí. Conviene despejarlos, y ponerlos de relieve.

Son relatos para narrarlos a los niños, y a los jóvenes, con motivo de los itinerarios efectuados en familia, en los centros escolares, en las parroquias, en los movimientos. No como contenidos para pasar, sino relatos que hacen pensar, que aclaran lo que se está viviendo, que invitan a ver más lejos, a ir más lejos. Como el camino que el Etíope hace en compañía con el diácono Felipe, los dos comparten relatos de vida, a la luz del relato del servidor que sufre, del profeta Isaías.

Son relatos para tejerlos con los acontecimientos diarios. Con las peleas y altercados de la vida. Ser creyente, descubrir en su historia personal algo de una historia “Santa”. Es ser capaz de narrar esta historia “Santa” de la vida diaria, relacionarla con los relatos de los primeros hermanos y hermanas en la fe, con el legado de todos los que buscan a Dios desde Abrahán y Sara y con el testimonio de Jesús de Nazaret y de sus primeros discípulos.

Hay que ver en estos cinco relatos fundamentales como cinco constelaciones alrededor de las cuales conviene reagrupar varias páginas y múltiples episodios de la Biblia que aportan una misma luz, que reflejan un mismo mensaje, que enriquecen las mismas convicciones.

Subrayemos que estos relatos son para “relacionarlos con la experiencia de los jóvenes en la cultura de su tiempo”. Es para comprenderlos, no en el sentido reductor, donde habría que establecer puentes con la cultura, como si los dos universos se considerasen distantes, sino en el mismo sentido donde la fe nace y se infiltra en la cultura. Como el agua moja el suelo. Como tantos hilos formando un único tejido el tejido de la vida. No hay fe sin tejer los hilos que los une con la cultura.

Indicamos igualmente, relacionados con estos relatos, los elementos particularmente importantes de la tradición cristiana que deberían enriquecer la imaginación y la memoria de los jóvenes.

.Han sido presentados con el título” elementos de memoria” . Queremos señalar la importancia de la memoria en la transmisión y en la propuesta de fe. La memoria , es a lo largo de la vida, “ la facultad deliciosa que revitaliza el corazón” (J. Guitton).

1. El relato de una tierra amada y visitada por Dios

En el corazón da la fe cristiana, existe la certeza de que esta tierra es amada por Dios. El la ha visitado. El la habita. El ha querido establecer una alianza con la humanidad, a través la historia humana. Hizo una alianza con Abraham y Sara, y sus descendientes. En Jesús se ha renovado esta alianza con todos los pueblos de la tierra.

La fe que se transmite hoy pasa aún a través de la historia y de la vida, a través de la carne y la sangre de las personas que creen en El, que lo han encontrado. Transmitir o proponer la fe, es hacer eco de este encuentro con Dios, es invitar a los demás a hacer lo mismo.

• En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura del momento:

- el sentimiento de soledad que pesa sobre tantos jóvenes ;
- la búsqueda de un sentido a la vida ;
- la necesidad de amar y de ser amado ;
- la experiencia del tiempo: ¿el mundo gira describiendo un círculo?
- el interés por los encuentros con los extraterrestres y por la vida en otros lugares;
- el sentimiento de un Dios a veces lejano y mudo.

• Elementos de memoria:

- la llamada y el destino de Abraham y de Sara;
- la misión del joven Moisés;
- los relatos de la Anunciación y del Nacimiento de Jesús;
- las relaciones de Jesús con los habitantes de Palestina;
- los encuentros con sus discípulos después de la Resurrección;
- el testimonio de las creyentes y de los creyentes de nuestro tiempo.

2. El relato de la génesis de la vida y del destino del universo

¿De dónde viene el mundo? ¿A dónde va el universo? ¿Hacia qué nada absoluta? ¿Hacia qué océano? La astrofísica hoy fascina y da vértigo cuando habla del origen del universo y de su destino. El mismo vértigo nos invade cuando se trata de nuestro origen, de nuestra muerte.

La fe ilumina, a su manera, la pregunta sobre los orígenes y el fin de la tierra y de los hombres. Es importante, en un tiempo de descubrimiento progresivo del espacio y de interrogantes sobre el porvenir, retomar los relatos sobre la fe para superar una “ ingenuidad primera” – todo sucedió al pié de la letra como está escrito en la Biblia- y llegar a una inteligencia renovada en la fe en un Dios bueno y creador del universo.

• **En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de su tiempo:**

- los datos de la astrofísica: el big bang y el origen del universo;
- el progreso de la conciencia ecológica;
- el concepto de la evolución cósmica;
- el universo de las películas de ciencia ficción
- el amor a este planeta , la protección del medio ambiente;
- el concepto del cuerpo, de la sexualidad, del trabajo;
- el drama de la muerte;
- un mundo en busca de reconciliación.

• **Elementos de memoria:**

- las páginas del Génesis sobre la creación;
- el relato del diluvio;
- las reflexiones del Libro de la Sabiduría;
- Jesús frente al mal, a la enfermedad, a la muerte;
- el acontecimiento de la Resurrección y de la transformación;
- las visiones del cielo nuevo y de la tierra nueva en el Apocalipsis.

3. El relato del sueño perdido y de la esperanza encontrada

La Biblia es a lo largo de la historia un sueño perdido y una esperanza encontrada. Dios se revela sin cesar como alguien que ofrece el futuro. Es el Dios de las promesas y de la llamada a la libertad. El ve la miseria de su pueblo y jura liberarlo. En la muerte de Jesús, el sueño nuevo se rompe, con su Resurrección , es “ el primero de los vivos”

De todos los relatos, éste es de entrada el más fundamental, el más esencial. También el más duro. El más liberador.

• **En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de su tiempo:**

- la experiencia del mal y nuestras limitaciones;
- el final de las ideologías y la pérdida de las esperanzas;
- el concepto de la compasión, de la lucha por la justicia;
- el deseo de la salud y de la salvación para todos;
- las experiencias de liberación en acción por el mundo;
- la esperanza a pesar de todo, a pesar de una vida rota, más allá de la muerte.

• **Elementos de memoria:**

- el acontecimiento del Éxodo;
- el relato del origen del pecado;
- los episodios de Jesús liberador del mal y del pecado;

- el drama del amor-pasión de Jesús;
- el acontecimiento de su muerte y resurrección

4. El relato de la llamada a la fraternidad entre los hombres

Las dificultades de las relaciones entre las personas: dramas en las familias, divisiones entre los grupos, conflictos entre los pueblos. Deseos de paz,, proyectos de solidaridad, luchas por la justicia. Es el problema fundamental de vivir juntos.

¿Cómo alcanzar a lograrlo? ¿A qué son llamados los hombres?.¿Son posibles la comunicación y la comunión? ¿Cómo conocer el futuro del hombre? ¿ Cuales son los caminos de la humanidad?.

• En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de su tiempo:

- las relaciones en las familias y las relaciones entre los pueblos;
- el respeto y la dignidad de toda persona;
- el concepto de justicia y la distribución de las riquezas;
- las relaciones interétnicas e interreligiosas;
- la lucha contra la violencia y la exclusión;
- la experiencia democrática;
- las alegrías y las esperanzas del mundo.

• Elementos de memoria:

- el relato de la torre de Babel;
- la vocación del pueblo judío;
- las tablas de la Ley en el Sinaí;
- las ocho bienaventuranzas;
- el acontecimiento de Pentecostés;
- la misión de la Iglesia, signo entre las naciones;
- la experiencia de las primeras comunidades cristianas;
- algunas páginas de la historia de la Iglesia;
- la Eucaristía, signo de comunión, en memoria de Jesús;
- el sacramento de la reconciliación.

5. El relato de las cosas empezadas pero aún no acabadas

La fe nos sitúa sin cesar entre el “ya” y el “aún no”. Este mundo está ya salvado, espera aún su liberación. La vida se ha manifestado ya en Jesús, ella no se ha cumplido aún en su plenitud.

La fe gira hacia el presente, helo aquí: el Espíritu de Dios está en acción en el mundo, tenemos que discernir “los signos de los tiempos” y vivirlos en la justicia. La fe gira también hacia el futuro, el Espíritu aún no: “Esperamos al que está aún velado”, “El

que supera todo lo que llega al corazón del hombre”, “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

• **En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de su tiempo**

- significado de nuestros compromisos;
- los progresos y las promesas de la ciencia;
- la fragilidad de las realizaciones humanas;
- la incertidumbre de los días siguientes;
- los esfuerzos de previsión y de futuro;
- los “signos de los tiempos”;
- actuar de forma local, pensar de forma global.

• **Elementos de memoria:**

- la esperanza de los profetas;
- las parábolas del Reino;
- el bautismo, llamada a caminar en la confianza y la libertad;
- la eucaristía, pan de vida, germen de vida eterna;
- la Iglesia, signo del Reino, en continua evolución;
- el fin de los tiempos y el más allá: juicio, infierno y gloria;
- el cumplimiento final del universo y de la historia.

Este enfoque, a la vez antiguo y nuevo, por medio de algunos relatos fundamentales, merece ponerse a prueba. Es importante que todos los intervinientes en la propuesta de la fe tengan un fondo de lenguaje común, para que la comunidad se forje por sí misma una memoria común y una única misión de fe.

CONCLUSIÓN

PONERSE EN CAMINO

Este documento deseaba balizar el camino de la fe, en terrenos nuevos, junto con los jóvenes.

Los jalones propuestos invitaban a abandonar los caminos, antes familiares, pero que apenas son ya frecuentados por los jóvenes.

Estas indicaciones (los jalones) invitan a oír la llamada del Espíritu para reunir a los jóvenes en terrenos culturalmente inéditos e inciertos que serán su mundo de ahora en adelante.

Los jalones nos empujan a avanzar con los jóvenes confiando en el Espíritu que nos precede y que prepara ya los caminos.

Esto nos obliga a una conversión. Tenemos que pasar de la mentalidad de conquistador, al enfoque de explorador. No se trata de ganar a los jóvenes, de conquistarlos o de “llevarlos a la Iglesia”, como se oye decir a veces. Se trata de explorar con ellos a través de sus tiempos y de sus culturas, la sabiduría y los signos de Dios. Desde el jardín del Edén Él se complace en caminar junto a los hombres. (Gn.3, 8)

Esta conversión implica un abandono. Un abandono que no es un gesto de rendición, un lanzarse al vacío, una huída hacia delante. Es un acto de fe y de esperanza en El que se ha comprometido en la historia humana hasta el final de los tiempos, de las culturas y de las fronteras (Mt. 28 , 20).

Este documento no ha concluido. Sólo quería abrir espacios. Deseaba marcar el ritmo para ponerse en camino. En los Itinerarios que compartiremos con los jóvenes, ellos serán a veces nuestros maestros. Con ellos, el Espíritu nos invita a esbozar la Iglesia del mañana.

INDICE

Presentación.....	1
Introducción.....	2
I. Una perspectiva en renovación.....	5
Del río a la fuente.....	5
De los programas a los itinerarios, a los proyectos.....	7
Nuevos caminos.....	9
II. Caminos para explorar.....	11
El camino de la ayuda solidaria.....	12
El camino de la palabra compartida.....	12
El camino de la oración interior.....	13
El camino del pan partido.....	13
Guías competentes.....	14
III. Propuestas de itinerarios, de proyectos.....	15
Itinerario para las familias.....	16
Itinerarios en las parroquias.....	18
Itinerarios en las escuelas.....	23
Itinerarios para grupos y movimientos de jóvenes.....	25
Itinerarios al filo de los acontecimientos.....	27
IV. Relatos narrados.....	30
El relato de una tierra amada, visitada y habitada por Dios.....	33
El relato de la génesis de la vida y del destino del universo.....	33
El relato del sueño perdido y de la esperanza encontrada.....	34
El relato de la llamada a la fraternidad entre los hombres.....	35
El relato de las cosas empezadas pero aún no acabadas.....	35
Conclusión: Ponerse en camino.....	37